

Escribir sin papel

Relatos



LA EFICACIA DEL TERRORISTA

Santiago Casero
Edmundo Comino
Pedro Martínez
Justo Ponce
Fernando Ruiz de Osma

Puedes encontrar este texto y todos los publicados por el autor en www.escribirsinpapel.es
Textos de libre difusión citando origen y autoría.



LA EFICACIA DEL TERRORISTA

I

La habilidad debe disfrazarse de torpeza cuando la torpeza se disfraza de habilidad. La frase era de un jesuita, profesor de historia. Cada vez que la oía, Basilio Espronceda, lo mismo que todos sus compañeros, se preguntaba qué querría decir aquel acertijo sin sentido aparente. Un juego de palabras que se pronunciaba como si fuese en realidad la solución a un enigma que explicaría toda la existencia humana. Lo difícil era encontrar una aplicación práctica al sofisma, puesto que con algo de atención se podía alcanzar el significado de las palabras, pero saber a qué se referían, eso ya era algo imposible. Era una tarea imposible para alumnos de bachillerato, cuyas preocupaciones estaban bastante alejadas por entonces del análisis de lo humano. Por mucho que fueran alumnos de los jesuitas.

Espronceda había comprendido muchos años después que el cura tenía razón. Que la fatuidad suele acompañar casi siempre a la torpeza y a la ineptitud, y que ante eso, lo mejor era siempre simular la misma ineptitud que se tapaba, para que pudiera alguna vez hacerse valer la habilidad. Ahora, a sus cincuenta y siete años, aquella máxima se había convertido en su bandera personal. Con esta noma y con otras cuantas por el estilo, había ido pasando su vida sin que las circunstancias lo aplastaran demasiado, por más que fuesen contrarias y ciertamente poderosas.

Estaba sentado, casi tumbado, apoyando su espalda sobre el tronco de un inmenso roble en el centro de un parque de Bruselas. Durante un buen rato había estado sentado en una silla dispuesta sin ton ni son para el uso de los ciudadanos, pero la postura le llegó a incomodar y el cansancio se unió al calor para forzarlo a buscar nuevos rincones donde descabezar una siesta ligera. El día, el último de julio de 1973, estaba resultando muy caluroso, excepción en un verano frío en toda la Europa central. No había otra manera de huir de aquel calor que dormir un poco.

Aún en la ensoñación, fue consciente de que la cabeza le dolía de tenerla tanto tiempo apoyada sobre el árbol. Entonces le vino a la memoria la frase del jesuita. Inmediatamente, se despertó. En la bruma del despertar, se sintió incómodo: tenía hambre, persistía el mismo calor, la intranquilidad no dejaba su tarea de roerle las entrañas. ¿No sería él mismo un torpe que estaba disfrazando su ineficacia de certidumbre, de seguridad? ¿Acaso su convicción a la hora de decidir este viaje sin destino fijado no había sido otra cosa que su imposibilidad para acometer con hombría el problema de su hijo? ¿A qué venía ahora tanta alharaca de aviones y de

trenes, cuando nunca en su vida había sido capaz de mover un dedo por el muchacho, desentendiéndose de cuanto pudiera estarle sucediendo?

Se dijo que no. Y mientras se levantaba torpemente, tuvo aún un destello de duda al pensar que ese *no* era de nuevo el disfraz de sus limitaciones. Al fin y al cabo, había que seguir adelante, y la duda era un freno, y en su bolsillo tenía ya un billete de avión para dos horas después. Había que darse prisa.

Subió a un autobús. En España no había autobuses como ese: ¡menuda comodidad! Y la amabilidad del conductor y del cobrador... En España todo era algo más rudo, como si no lograran nunca los españoles sacudirse la hosquedad del carácter campesino, siempre desconfiando de todo, siempre envidiando a los demás, siempre enfadados. La dictadura tendría algo que ver, claro, pero no todo se podía achacar a la corrupción del Estado.

Al llegar al aeropuerto y después de mostrar su pasaje para que le asignaran un asiento, se enteró de que aún debería esperar una hora más por retraso en la salida. Se sentó en la cafetería y delante de un café y un trozo de tarta quedó pensativo. El barullo le volvió a dar sueño y entrecerró los ojos.

Basilio Espronceda, nacido de familia rica de provincias, educado en los jesuitas de Madrid y formado en la Facultad de Derecho; abogado, procurador, finalmente notario. Su carácter desde niño se había hecho a aguantar los más largos sufrimientos sin mostrar el dolor ni la tristeza; tampoco, por lo mismo, era capaz de demostrar alegría o contento. Esquivo con todo lo de la política, desconfiaba tanto de los que estaban como de los que no estaban. Padre de familia por continuar con el camino trazado de antemano, ignoraba las fechas de los cumpleaños de sus familiares, a los que jamás preguntaba qué tal o cómo te va o tienes suficiente con eso. Su mujer lo desconocía en la misma medida en la que él la desconocía a ella. Guardaba relación solamente con unos pocos amigos hechos en los estudios de enseñanza media, todos bien situados pero fuera del poder civil o militar. Nadie lo temía y ningún miedo lo atenazaba, nada buscaba y nadie lo buscaba.

Enterarse de la fuga de su hijo fue para él el despertar de un sueño que duraba años. Su hijo, estudiante también de Leyes, ya había tenido algunos problemas con la policía en ocasiones anteriores, pero nada de importancia. Basilio lo había conocido siempre a toro pasado, cuando ya estaba todo resuelto. Esta vez la cosa era más grave, según decía todo el mundo.

La preocupación avanzó progresivamente: primero no le dio importancia, luego entendió que un hijo suyo había desaparecido, más tarde se dio cuenta de que un hijo es algo muy importante para un padre y su desaparición es causa de

gran desasosiego. Inició su investigación de manera desganada, preguntando a conocidos de la policía y de la judicatura. Le informaron de la militancia del chico en la izquierda clandestina, asunto que ni se había figurado. Pero también le dejaron claro que ellos no lo tenían y que no sabían nada de él. A través de amigos de su hijo, logró hablar con sus conmlitones, pero sus suspicacias hacia un notario del régimen dejaron a oscuras las ansias de saber de Basilio Espronceda, que a esas alturas estaba próximo a la desesperación.

Descartó un secuestro de los separatistas vascos: ya se habrían puesto en contacto. Si la policía no lo había detenido y ninguna mafia estaba relacionada con el caso, sólo quedaban dos salidas: o era un asunto de faldas, o sus propios camaradas se lo habían llevado Dios sabe para qué y adónde. Volvió a hablar con éstos. Esta vez consiguió algo más de información. El chico, al saber que la policía lo tenía acorralado, se había ido al Exterior, quizá (esto se lo dejaron entrever pero no se lo certificaron) con alguna misión concreta, presos, dinero, propaganda... La policía le aseguró que lo tenían perfectamente identificado y controlado, pero que nada les había hecho pensar en detenerlo porque era totalmente cándido e inocente.

En un arranque sorprendente de ira, volvió a hablar con el rojo clandestino y agarrándolo de la pechera y amenazándolo con la peor de las mazmorras de las islas Chafarinas, lo forzó a que le dijera dónde estaba. Había salido a Bélgica.

Él lo dejó todo, haciendo del asunto algo suyo, por primera vez en su vida. En Bruselas habló con viejos comunistas españoles y con los que llevaban los contactos con España. Sí, el muchacho había ido allí, no se sabía para qué (o no se quería decir para qué). Pero unos días antes de esa entrevista, había anunciado que se iba a ir a Túnez, con unos compañeros. Ellos no conocían a nadie en Túnez, ni sabían que la Organización tuviese allí algún contacto.

La pista política se desdibujaba. Las faldas no aparecían. El chico estaba seguramente en Túnez, pero nadie sabía con quién ni para qué.

Cuando el avión despegó, Basilio sintió tristeza por una ciudad llena de lluvia a la que él había llevado el calor, y donde volvía a llover ahora que se iba.

Existen pocos medios que logren transmitir de manera tan cierta como un avión esa sensación paradójica de estancamiento mientras avanzan velozmente. Estancamiento. Detención al mismo tiempo que algo te arrastra a toda prisa por el interior de una materia tan familiar y, a la vez, tan desconocida como el aire. Así se sentía Basilio después de sus pesquisas infructuosas y una vez descartadas las explicaciones razonables. Ahora se dirigía hacia un destino que imaginaba extraño,

poblado por seres, seguramente, del todo ajenos y diferentes a él y a lo que él había sido hasta el presente. ¿Quién sabe si encontraría allí a su hijo? Y de encontrarlo entre esa gente y en ese escenario incierto, ¿lo reconocería? Él mismo se sorprendió de su último pensamiento. La duda se había impuesto repentinamente sobre lo que él consideraba el hilo normal de sus pensamientos, más cercanos en realidad a la divagación que a la reflexión.

De hecho, ¿reconocía a su hijo en la figura cada vez más nítida que emergía de sus recuerdos de padre? No estaba seguro de haber mantenido alguna vez conversaciones largas con el muchacho. Él lo había engendrado, sí, le había impuesto un nombre, el suyo, y se había habituado a verlo por la casa, a contar con su presencia constante y su existencia.

Basilio hijo había nacido tras dos embarazos malogrados y por lo tanto podría haberse calificado como hijo “largamente deseado”. En realidad él no estaba seguro de haber deseado nada largamente porque las cosas que esperaba sabía que acabarían por llegar. Acabarían posándose como palomas en sus manos, sin resistencia y sin pasión. Para Espronceda la necesidad básica de desear y buscar la satisfacción del deseo se había expresado por vericuetos oscuros del alma. Había sido glotón mientras se lo permitió la salud. Había perseguido el crujidito suave de las enaguas, el olor de las criadas. “Basilio”, recordaba a su abuelo Wenceslao, sentencioso, “con el servicio lo que quieras, pero siempre fuera de casa; aquí eres el señor”. Y el adolescente Espronceda buscaba en el Madrid alocado y provinciano de los años treinta lances de amor resueltos sobre la marcha.

Dentro del avión, Basilio, se sentía acuciado por el calor. Una y otra vez aceptaba las bebidas y refrigerios que las azafatas le ofrecían según el plan rutinario de atención al pasajero. Y tal mezcolanza de líquidos y sólidos extraños había acabado por producirle una pesadez de estómago, un desasosiego intestinal que lo tenía aún más inmovilizado. Como si temiera provocar un desmoronamiento súbito de su organismo al menor atisbo de motilidad. La determinación con la que voló a Bélgica se había ido desvaneciendo a partir de su espera adormecida en el parque de Bruselas. Había dejado de estar del todo en el presente, hasta el punto de que ahora tenía la sensación de estar viajando hacia algún punto remoto y desconocido de su pasado. Desconocido o, tal vez, vivido incompletamente. Sí, pasar sobre los instantes sucesivos que componen la vida como si de verdad los dominara, podría haber sido para él sólo una forma de disimulo, un pasar desatento a lo que no se comprende. Por eso quizá estaría condenado a repetir su pasado como un mal estudiante.

La novedad del nacimiento del hijo había empezado a diluirse con el nacimiento de sus hermanas, Reyes y Marta. Había recibido la llegada al mundo de sus hijos con esa naturalidad del que es inconsciente. Tras las niñas vinieron los tres varones, Javier, Rodolfo y Primitivo, de forma que con cada nuevo alumbramiento disminuía un poco más la atención que prestaba a cada uno de ellos por separado, puesto que la que prestaba al conjunto de su descendencia era siempre la misma. También se había mitigado un tanto aquella ansiedad ante lo desconocido que sintió al comienzo de su condición de padre, de modo que experimentaba en el trato con sus vástagos un grado de cercanía que podía considerarse inversamente proporcional a su edad. Su trato con Basilio, el mayor, el extraviado Dios sabe dónde, nunca había dejado de estar envuelto en ese embarazo con el que lo había visto ir creciendo desde la distancia de su despacho o parapetado tras las páginas de su ABC. Y había transportado, como una carga más, esta timidez extraña de destino en destino, de notarías en notarías, hasta alcanzar finalmente la sustanciosa plaza en Santander donde seguramente se jubilaría. Santander, tan lejos del Madrid de sus años jóvenes, había visto a su hijo hacerse un hombre. Pasar de los juegos infantiles a los escauceos amorosos, de los muchachos a las muchachas. ¿Y había algo más? ¿Hacerse hombre era algo más que sufrir un cambio biológico? Ya no lo recordaba. En realidad ya no recordaba nada y se sorprendió escuchando por la megafonía del aparato el anuncio de la llegada al destino.

—¿Guía, señor? ¿Taxi, señor?

Reparó en el muchacho sonriente parado frente a él que le cortaba el paso. No se había percatado de que seguramente parecería un turista, a pesar de su escaso equipaje y de que vestía con aquella gris apariencia con la que atendía sus asuntos en el despacho. El chiquillo que lo interpelaba lucía una fila de dientes amarillentos. Marfil, pensó. Su primer impulso fue preguntarle “¿Conoces a Basilio Espronceda?”, pero se contuvo. Reanudó su camino por el pequeño aeropuerto, buscando la salida, pero el muchacho no quería abandonar tan deprisa su oportunidad de ganarse unas monedas. Probaba con él en todos los idiomas, aunque de alguna forma sabía que el español era el idioma oportuno.

—¿Hotel, señor? ¿Compañía, señor?

El miembro del ilustre colegio de notarios don Basilio Espronceda se detuvo ahora en seco, sorprendido. ¿Compañía? ¿Qué quería decir ‘compañía’? ¿Amigos? ¿Tal vez españoles con los que poder hablar? Espronceda había nacido rico, y rico lo mantenía su profesión. Tenía acceso a todo lo que la España del momento podía ofrecerle. Pero dentro de su limitado bagaje de experiencias no estaba la de viajar

frecuentemente al extranjero. Alguna salida a Portugal, a Estoril, siempre con la señora. Y dos años antes, la salida a Escocia, una cacería de lujo para celebrar por todo lo alto sus bodas de plata.

—¿Compañía? —preguntó él.

—Sí, sí, ven, señor.

Y el muchacho se dirigió rápidamente a la salida, a la parada de taxis. Le abrió la puerta de un muy cuidado Renault-10 y entró con él. En árabe transmitió al chófer unas instrucciones y el coche se puso en marcha con el característico petardeo del motor. Basilio asistía a todo sin comprender nada y con el estómago atenazado por una cierta sensación de vértigo. Vagamente, en el avión, en algún punto de sus divagaciones mentales, había intentado organizar sus primeros movimientos en Túnez. Quizá convendría visitar el Consulado de España, tal vez la Embajada, buscar negocios en los que hubiese personas españolas instaladas. Contactos.

Sin embargo, allí estaba, camino del interior de una ciudad que le era tan desconocida como su propio destino e ignorando cuanto había sucedido apenas dos semanas antes.

Quince días antes de que el vuelo de Basilio Espronceda tomase tierra en el aeropuerto internacional de Túnez, a una hora parecida, al filo del mediodía, Hezar Afsane miraba el mar desde la puerta del café e intentaba seguir con la vista las evoluciones de las gaviotas en ese territorio incierto que se abre entre la superficie del agua y el azul del cielo. A su izquierda escuchaba el ruido de la cortina. Una suave brisa marina que alcanzaba tierra desde su origen impreciso en alta mar la empujaba con suavidad adentro y afuera, adentro y afuera. Por encima del muelle donde atracaba la flotilla de pesqueros, asomaban las bordas de los barcos balanceándose costado contra costado siguiendo un ritmo impreciso. Un chico salió del café y puso en la mesa una bandeja con una tetera y un vaso. Hezar levantó la tetera y dejó que el té llenara el vaso entre burbujas hasta más de la mitad. El líquido humeaba y el aroma de la infusión terminó por mezclarse con el olor que el mar dejaba escapar. Hezar sujetó el vaso entre sus dedos índice y pulgar para no quemarse y sorbió un pequeño trago dejando que los vapores entraran por su nariz. Ojalá la vida consistiera en beberse aquel té y contemplar el paisaje que ofrecía el mar. El chillido de una gaviota que parecía estar colgada del cielo sin querer volar, como si lo único que quisiera era formar una maravillosa naturaleza muerta, lo devolvió a la realidad.

Hezar llegó aquella mañana en el ómnibus, el trenecillo que bajaba

traqueteando sobre la vía que los franceses habían construido para facilitar el movimiento de mercancías entre la costa y la capital. Prefirió hacer el trayecto mezclado entre la gente y no en taxi, como había hecho en otras ocasiones, cuando buscaba el lugar idóneo, el sitio más favorable para el encuentro. “Uno termina por acostumbrarse a la vida cotidiana, a moverse con naturalidad en los ambientes de la calle y al final se desdeña cualquier medida de seguridad”. Hezar sabía muy bien en lo que estaba pensando.

El tiempo siempre juega en contra de los individuos como él. Sin darse cuenta, Hezar se levantó de su asiento y se lo cedió a una mujer que había subido al tren en la parada de Sidi Fath Allah cargada con dos grandes fardos. Los tatuajes de sus manos y de la cara confirmaban la procedencia bereber. Seguramente era una valerosa zanata. Hezar sintió un escalofrío y que el pulso se le aceleraba, luego la camisa se le pegó al cuerpo. Encendió un cigarrillo, pegó dos chupadas que le llenaron por completo sus pulmones y fue soltando el humo hasta formar una nube donde creyó encontrarse a salvo. Por qué había hecho aquello, por qué había tenido aquel detalle de superior extravagancia pues nadie, sobre todo tratándose de un hombre, habría pensado en ceder su sitio. Todos los viajeros lo miraron el tiempo suficiente como para formarse una imagen precisa de su aspecto. ¿Había sido un arrebatado de piedad o un gesto solidario hacia la mujer que luchaba a duras penas por colocar su carga fuera del alcance de los demás viajeros? Desde hacía años, gracias al desarrollo industrial que estaba conociendo la capital, sus arrabales no hacían sino recibir gentes del sur que abandonaban el desierto a la búsqueda de un trabajo, ganándose la vida con cualquier actividad.

De pronto, la visión del mar asomando al otro lado de las ventanas por encima de las cabezas y el aroma de la brisa que apagaba el olor a grasa y a cuerpo humano lo devolvió a su ser verdadero. El conductor comenzó a aminorar la velocidad mientras la gente se preparaba junto a las puertas para bajar del coche. Hezar cruzó todo el vagón hasta llegar a la puerta que había justo detrás del maquinista para demostrarse a sí mismo que estaba en plena forma a pesar de la maldita ocurrencia. Mientras esperaba a que el tren se detuviera en el andén miró sobre la cabina donde se sentaba el conductor, Habib Burguiba le sonreía desde un retrato de tonos pasteles donde se recordaba su condición vitalicia como presidente.

Hezar supo que la hora del encuentro y la llegada de su contacto estaba próxima mientras bebía los últimos sorbos de té mirando el caprichoso color azul que el mar tenía esa mañana. Pensó en la incomodidad que le creaba aquel tipo de misión acostumbrado como estaba a otras de más riesgo si cabe. No entendía muy bien por qué le habían encomendado hacer de enlace cuando lo normal es que a

ellos los reservaran hasta el momento de la acción. “Es imposible que no haya otros camaradas. Sin embargo, alguna razón tendrán”. Hezar no iba a hacer en aquel café de La Goleta algo para lo que nunca fue preparado, cuestionar las órdenes y las directrices de la Organización. De pronto recordó lo que sucedió en Bruselas cuando tuvieron que abortar la operación y todos tuvieron esfumarse en las nieblas bruselenses para que sus rastros se hicieran invisibles. Las órdenes eran de no regresar a sus bases, así que Hezar tomó la precaución de coger un vuelo con destino a Roma y una vez allí, señaló su posición para que le dijeran donde tenía que dirigirse. Por eso estaba en Túnez.

Hezar observó que un hombre joven se acercaba desde el malecón del puerto. Caminaba despacio con el sol a su espalda. En su mano izquierda sujetaba un sombrero y con la derecha se ayudaba a andar con una vara. Hezar pidió al chico del café que llevara otra tetera con dos vasos, el otro es para mi amigo. Hezar abrió el periódico que llevaba en el bolsillo del pantalón y lo abrió sobre la mesa por una página que estaba marcada por una señal que sólo conocían ellos dos. Disimularon con un abrazo la frialdad del encuentro. El chico del café volvió con otra bandeja que dejó sobre la mesa. Ofreció a los clientes una pipa de agua. Hezar le dijo que con el té era suficiente poniendo unas monedas entre sus manos. Hezar había aprendido el árabe en Mosul, durante su infancia, cuando su familia lo mandó juntó a su abuelo para ahorrarle un sin fin de sufrimientos de los que serían testigos las montañas del kurdistán.

No tuvieron más remedio que tratar el tema que los había reunido en francés. Hezar no dominaba esa lengua pero llegaba a defenderse. Estaba claro que tendrían que tomar vuelos distintos. Hezar lo tenía todo preparado siguiendo las directrices que la Organización había marcado. Entregó a su acompañante un sobre con un billete de avión y una cantidad de dinero en dólares que ni siquiera él supo precisar. El encuentro no duró más tiempo que el imprescindible. Los dos guardaron silencio durante un momento para escuchar cómo rompía el mar contra los bloques de hormigón. Desde el espigón del puerto apenas si se divisaba el perfil de la ciudad. Comenzaron a caminar hacia la explanada del puerto, de nuevo disimularon un cordial abrazo y cada uno tomó una dirección. Hezar ni siquiera volvió la cabeza, con las manos en los bolsillos se dirigió a la estación.

Cuando Hezar subió al tren y este se puso en marcha, se relajó. Las piernas parecía que no eran suyas. Se acordó de su cama en aquella habitación que había alquilado. La casa era antigua y estaba situada en el barrio de el-Azzafin, el antiguo barrio de los músicos, aunque ahora sus habitantes eran comerciantes y artesanos y nada tenían que ver con la música. Echaba de menos las voces de las mujeres

perdiéndose por aquel laberinto de estrechas callejuelas a la hora de la siesta mientras contaban entre risas como les había ido el día. Aún tenía veinticuatro horas para disfrutar de esa calma aunque no podría descuidarse. Tenía que despedirse de su casero. El tren llegó a término. Se bajó y pensó subir hasta el barrio dando un paseo. Entró a la ciudad por Bab al-Bahr y se dirigió hacia la medina. Cruzó por el zoco de las Flores pues quería llevarse, antes de regresar a Colonia, un último recuerdo, el olor que impregnaba aquella explanada llena de gente que no era otro que el de su propia juventud en el kurdestán iraquí ayudándole a su abuelo.

Cuando Basilio consiguió por fin instalarse en Túnez, se permitió descansar durante un día entero. Se había acomodado en una pensión no muy cara y bastante limpia, desde la que podía llegar caminando a cualquier lugar de la ciudad en no mucho tiempo. Además comprobó que la comida que servían a los huéspedes - todos ellos franceses- era exquisita. Después de las semanas de incertidumbre en Madrid, con aquel ir y venir entre policías y subversivos, después del viaje sin fruto a Bruselas, después de llegar a aquella tierra tan extraña, la serenidad y las formas amables de su pensión le resultaron una seducción irresistible. Por primera vez después de tanto tiempo se sentía feliz. No tuvo más remedio que confesárselo. Y extrañamente, esta sensación no le causó ninguna culpabilidad. Así que cuando por fin resolvió lanzarse a buscar la pista de su hijo, lo invadía un absurdo sentimiento de plenitud, completamente nuevo para él. Quizá, se dijo entonces, sea una señal de que tendría suerte.

De manera casi natural, pensó que debía comenzar a buscar en la embajada española; quizá también en la belga, si no tenía suerte. Habló con un asesor agregado de la embajada, Antonino de Armentia, que, a la postre, acabó siendo su primer lazarillo en Túnez. Ya en la primera conversación, vieron Basilio y Antonino que su visión global del mundo coincidía punto por punto. El diplomático se abrió a aquel hombre que llegaba pidiendo su ayuda. Entendió su tragedia y con gran facilidad se puso en su lugar. Sin embargo, él no tenía conocimiento de cómo se organizaban los activistas de la izquierda, españoles o no, en suelo tunecino. Su misión era más bien económica y de representación empresarial, y en la embajada las tareas estaban muy parceladas.

No quiso dejar de ayudar a Basilio. Enseguida discurrió que lo más apropiado era ponerse en contacto con la policía, con la sección política de la policía local. Él conocía a varios jefes del cuerpo y fueron a entrevistarse con ellos. Entre unos y otros fueron despejando ante los ojos de Basilio y de Antonino el panorama de la

vida de los militantes izquierdistas europeos que vivían allí. Eran muy numerosos, al menos eso pensó Basilio sorprendido. Españoles había pocos y sólo pasaban temporadas. No estaban organizados. Sólo los separatistas vascos permanecían más tiempo, pero esos no se relacionaban con nadie y su actividad en Túnez era nula. Los que llegaran de otras organizaciones debían integrarse en las redes de acogida italianas, seguramente, o en las que dependían de la embajada búlgara. Por ahí había que dirigir el rastreo.

Basilio visitó, acompañado por Antonino, a varios sujetos de muy diversa catadura. Aunque no se vieron nunca en peligros serios, sí pasaron miedo, pues despertaban sospechas que a veces encolerizaban a quien tenían delante, normalmente personas armadas. De todos modos nadie sabía nada del chico. Un subcomisario búlgaro los remitió a un militante iraquí que solía acoger a los recién llegados. Tras mucho andar, dieron con el iraquí. Su mutismo inicial se fue ablandando, seducido por la visible desesperación del padre. Pudo en él su sentido tribal de la familia. Admitió que quizá hubiera visto unas semanas antes a un español, no estaba seguro porque con él todos hablaban en inglés o en francés y nadie se identificaba. Al final, acabó indicándoles la manera de entrevistarse con una militante muy relacionada con españoles. De esta manera conoció Basilio Espronceda a Henriette Llamas.

Henriette, Safiya, Luz, La Vasca, Rosette, Rosetta, todos estos y otros más eran sus nombres. Había pasado ya la treintena y su pelo negro comenzaba a mostrar algunas canas. Los ojos grandes y luminosos miraron con enorme recelo a Basilio. Había acudido solo a la cita: Antonino se había citado con él algunas horas más tarde en un café del puerto. La mujer llevaba en su gesto una mezcla de cansancio y resignación que inmediatamente provocaron en Basilio cierta compasión hubo una presentación sin mostrar ninguno su verdadero rostro. Acto seguido, Basilio expuso someramente la desaparición de su hijo y dejó ver involuntariamente la desesperación que lo atenazaba. Ella, claro está, se declaró ignorante de todo y se preguntó en voz alta cómo le habían dado su referencia para aquel asunto, siendo que ella nada tenía que ver con la clandestinidad o con las organizaciones europeas. La charla tropezaba del francés de instituto que hablaba Basilio al español vacilante de Safiya. Safiya había nacido en Francia, hija de un socialista español huido en 1936 y de una tunecina emigrada. De todos los idiomas que hablaba y comprendía, el español le resultaba el más antipático y jamás había mostrado interés por aprenderlo bien. Ahora se sorprendió a sí misma arrepintiéndose de ello. Basilio, al ver cerrada lo que él pensaba que era la última puerta a la solución del asunto de su hijo y, sobre todo, de la aventura que había

iniciado hacía ya tanto, quedó en silencio, columpiando su mirada entre la ventana de aquella habitación y su propio interior, vacío e inhabitado, casi muerto.

Safiya, impulsada por su incomodidad al tener allí a aquel desconocido, por la necesidad de acabar con aquella situación y por un lejano sentimiento de solidaridad con aquel hombre que en todos inspiraba tristeza (“Quizá no sea una mera actuación”, llegó a pensar), lo invitó a salir de su piso y caminar un rato. Después de observar que Basilio no hablaba en absoluto, no siquiera respondía a las preguntas de circunstancia que ella le dirigía, comenzó a pensar la mujer que quizá fuese cierto todo. Al fin y al cabo, el muchacho que había recogido en su casa algunos días antes, el español, parecía más un recién nacido que un militante internacional. Casaba con la imagen del padre que ahora tenía delante. Intentó ayudar al padre haciéndole olvidar al hijo. En aquel paseo, en conversaciones posteriores, en esas citas que se dieron a partir de entonces, ambos fueron conociéndose el uno al otro. Y cada uno vio su imagen propia con mayor nitidez, él le mostró la vaciedad de su vida acomodada, el desinterés en el que vivía. Y a la vez comprendió que lo de su hijo le había devuelto el aliento y cierto impulso vital. Llegó a decir que ya no sabía si estaba buscando a su hijo o se estaba buscando a sí mismo. Entonces ella terminó por sincerarse, más ante ella misma que ante Basilio, y confesó que había llegado a la mitad de su vida sin poder decir que estaba disfrutando de esa vida o que abrigara alguna esperanza de hacerlo. La militancia, medio elegida y medio impuesta, había ido conduciendo sus pasos desde casi la infancia. No llamaba patria a ningún lugar ni había permanecido más de un año jamás en una misma ciudad. Todas ahora le eran iguales y en ninguna se encontraba más cómoda ni más incómoda que en otra. Había consagrado su vida a una lucha y a una causa, la justicia internacional, pero en su madurez descubría que esa justicia jamás iba a llegar. Burocratizada por organizaciones invisibles, su lucha era un puzzle en el que a cada paso aparecían nuevas piezas que colocar. Y los directores de aquella tramoya inacabable jamás se dejaban ver, ocultos tras nombres sencillos, como *La Organización*, o más pomposos, como *Frente de Liberación Popular* o *Nuevo Ejército Unificado de Liberación*.

Ninguno de los dos pudo evitar traducir aquel descubrirse simultáneamente en un amor nuevo y adolescente. El cincuentón hastiado y la veterana militante se fueron a enamorar sin medir ni querer medir las consecuencias de su pasión.

Aquella relación proporcionó a uno y a otro su primer motivo para pensar que estaban en este mundo y que tenían vida propia. El chispazo los dejó obnubilados de tal manera que ninguno de los dos se reconocía con facilidad, y pensaban -o sentían- que todo lo anterior había sido una mentira, una impostura. Como ambos

tenían un carácter poco o nada emotivo, tallado por sus respectivas experiencias, dejaron pasar las semanas sin intentar ni detener ni acelerar lo que estaban viviendo.

La búsqueda del chico pasó, a pesar de un cierto remordimiento en las entrañas de Basilio, a ocupar un segundo plano. No se abandonó, desde luego, pero dado que las pistas que se seguían se habían cerrado, era difícil continuar por algún camino cierto. Safiya confesó a Basilio que seguramente (“¡Maldito anonimato de la clandestinidad!”) había hablado muy poco con el chico los dos o tres días que había estado en su casa. Vino con una carta de presentación de sus agentes belgas y con una misión escrita en unos papeles que leía día y noche. Al cabo de unos días se despidió de ella con un abrazo. Muy nervioso, le indicó que tenía que salir ya del país. Ella no preguntó, por supuesto, adónde iba. Después, Basilio la convenció para que preguntara a los belgas algo. Ella sabía que era algo inútil y ciertamente comprometedor para ella: tendría que dar explicaciones. Pero de todas formas no sirvió para nada. Le indicaron que ellos no lo sabían, que alguien en Túnez le habría dado las instrucciones. En La Organización nadie sabía lo que hacía otro y jamás se preguntaban los detalles.

II

¿Se redime la ignorancia viajando?. Al menos se vuelve uno menos intransigente pensó para su colete Basilio mientras intentaba desterrar el frío con un nuevo trago largo, muy largo, de pisco-sauer. Bruselas, Ámsterdam, Túnez, Colonia y ahora Santiago en apenas mes y medio resultaba un intenso periplo para cualquiera. Demasiado para un sedentario empedernido como él. Ajeno, además, a su sistema de entender la vida. Para Basilio Espronceda Lagasca, hijo de Basilio y Reyes los viajes, al menos los de un pasado relativamente reciente, eran imaginarios proporcionándoseles un mullido sillón ajado por el uso, una copa y un libro. Viajar en el espacio y el tiempo sin levantar el culo del asiento podía ser su divisa. Dos formas de viajar. Tres, según el mulato Chano Balmaseda, si incluimos la yerba y el L.S.D. Cuatro, señalaba Susanita Losada, incorporándose furtiva a la conversación mientras sus manos recorrían las caderas embutidas en unos tejanos añejos a punto de reventar por las costuras; acto seguido peroraba sobre los beneficios karmáticos del yoga. Cinco, apostillaba el mapuche Ricardo como si el habla le saliera de sus inmensos ojos tristes en vez de por la diminuta boca. Si,

cinco, si incluimos el último que no tiene boleto de retomo. Y cuando Ricardo Colorado Benjumea, alias "El Araucano Feliz A Medias", introducía en la charla su monotemática visión del asunto los demás, salvo yo, que me moría de frío en este invierno austral, disolvían el corrillo repartiéndose por las piezas del departamento de aquella vieja casona de la avenida Brasil; unos bajaban al patio a echarle un vistazo a la parrillada de vaca que mimosamente preparaba Alexis Monteagudo, nuestro psicoanalista particular, otro manipulaba el tocadiscos pasando sin transición de Víctor Jara a Janis Joplin, mientras los más prácticos sacaban unas cuantas botellas de cerveza Polar del refrigerador para espantar los malos espíritus a la vez que la resaca. Entonces se oía atravesando las ventanas cerradas el vozarrón de Alexis bramar contra Ricardo sin dejar de alinear las costillas y vísceras que con tanto cariño y dedicación cocinaba: "Colorado eres un pícnico ¿oíste, boludo? Debí dejarte pudriéndote en Puerto Montt".

Daba igual. Todos sabíamos, y yo apenas llevaba una quincena en Chile y diez días con mis nuevos amigos, que el argentino y el indio eran uña y carne. Los fósforos y el tabaco como gustaba comparar Chano, quizás motivada por una nostalgia de la isla que el mismo no quiso nunca reconocer para no ser tomado por flojo. Desde el primer día que oí abroncar a Ricardo por su amigo del alma sentí una creciente, tal vez morbosa curiosidad por saber que les pudo ocurrir a estos dos en Puerto Montt y aunque les pregunté a ambos, tanto juntos como por separado, ninguno me dio nunca una respuesta satisfactoria. Alexis respondía con un "cosas nuestras", dando por zanjado el asunto y Ricardo, bueno Ricardo miraba y sonreía beatíficamente sin tan siquiera despegar los labios. Al fin comprendí que "debí dejarte pudriéndote en Puerto Montt" era simplemente una coletilla empleada por el psicólogo-gastrónomo y podía haber sustituido sin problemas el nombre de la ciudad por Valparaíso o, Albacete si en lugar de Chile estuviéramos en España.

Estela llegó retrasada, como siempre, cuando la mesa estaba preparada y dábamos cuenta de los espárragos y panochas de maíz. Sin quitarse la trenka de pana y haciéndose un hueco entre Chano y Susanita encendió un cigarrillo sin emboquillar pasando sin transición a describir la última "cacerolada" que había presenciado apenas unas horas antes.

-De muerte, chicos. Bajaban por O Higgins varios miles dirigiéndose al Palacio de la Moneda gritando consignas contra Allende. Hasta ahí todo normal. Pero no tenías más que fijarte en las señoras. Todas con abrigos de pieles y enjoyadas como si fueran a una recepción de la Embajada yankee. Surrealista, chicos.

Si, Estela acertaba con el adjetivo. Raro era el día que la derecha azuzada por las editoriales de El Mercurio no se manifestaba contra el presidente y su

política. La Cia no podría permitir que se hubieran nacionalizado Kennecott Y Anaconda las dos compañías más importantes del cobre o que a la I.T.T. la hubieran despojado de su lucrativo negocio telefónico. Por ello no era realmente disparatado contemplar a la alta burguesía chilena manifestarse cacerola en mano acompañada de sus chóferes y criados. Veía a mi madre y a sus amigas salir de desayunar de cualquier cafetería de El Paseo de Pereda, para acto seguido encabezar una protesta contra la democratización del uso del visón por la clase trabajadora. Mundo al revés.

Estela Daroca cubría las páginas de política internacional de El Siglo, el diario del Partido Comunista, gracias a sus conocimientos logré ponerme al día en interminables veladas de conversación , generosamente regadas con chicha, sobre la realidad de un país al que admiraba y al mismo tiempo compadecía. Apenas unas semanas antes de mi llegada, concretamente el veintinueve de junio, el coronel Souper sacó sus blindados a la calle y se vieron sobrevolar Santiago los Hawker Hunter de combate. El general Prats, demócrata constitucionalista, puso fin a la intentona.

Estela fue mi primer contacto nada más pisar el aeropuerto de Pudahuel. Di gracias mentalmente al bueno de Hezar al mismo tiempo que saludaba con un beso en cada mejilla a aquella rubia espigada, con altas botas, maxifalda floreada y grueso jersey andino, donde a la altura de su bien torneado busto se balanceaban media docena de cuentas y collares procedentes de diversos países exóticos. Ella rozó sus labios con los míos, recorrió con sus increíbles ojos verdes mi aspecto externo y exiguo equipaje y dando por válida su descarada inspección sonrió.

-Por fin llega el español.

También fue Estela quién se encargó de alojarme en la casa de unos parientes que según sus sarcásticos comentarios llevaban tres años veraneando en Viña del Mar. Al poco supe que dichos parientes eran sus propios padres y una tía viuda hermana de la madre acérrimos seguidores de Alessandri, el antiguo candidato derechista del Partido Nacional. Comprobé, a mi pesar, no ser el único invitado a perpetuidad de aquella noble casa sino el último. Desgracia trasmutada en irónica suerte, pues pronto comprendí que la fogosidad y pasión de Estela estaban destinadas a preservar el devenir de su pueblo no estando, en absoluto, por la labor de “jueguitos burgueses de escarceos amorosos” como solía repetir cada vez que cualquiera de nosotros, Susanita incluida, ardía en deseos de encamarse con ella. “Lisonjerías si, pero de postre” exclamaba sin dejar de sonreír apartando suavemente al moscón de turno. Hasta ahora aún no había concluido de almorzar. Gracias a ella, a Estela, la inalcanzable, conocí a Mireya Baltra la ministra

de Trabajo que solicitó mi entrada en Quimantú la célebre editorial del pueblo donde pasaba las mañanas reseñando las obras de Neruda, García Márquez, Benedetti, Cortázar, Carpentier, Nicolás Guillén y otros escritores comprometidos en los boletines enviados a provincias. Trabajo cojonudo para alguien que siempre interpretó la vida a través de sus lecturas. Compartía el pequeño despacho con Ricardo Colorado; “El Araucano Feliz A Medias” se dedicaba a corregir dándole forma literaria a los cientos de poemas y narraciones cortas que nos enviaban diariamente desde cualquier punto del país publicándolo mensualmente en una separata. Según Ricardo muchos de aquellos desconocidos escritores y poetas cuando salían del anonimato gracias a nuestra edición se paseaban ufanos por los cafés y mercados de los pueblos más remotos con su obra impresa bajo el brazo mostrándola a todo aquél que encontraran con verdadero orgullo. “A veces es tan fácil hacer felices a los demás” musitaba, la cabeza inmersa en un sin fin de hojas de papel de diferentes colores, tamaños y caligrafías. Alexis, dedicado a la sección de exportación a otros países latinoamericanos, ocupaba un despacho más amplio justo encima de nosotros; un gran ventanal descubría cercano el Mapocho discurriendo embravecido y grisáceo. Chano Balmaseda y Susanita Losada solían pasarse cuando terminaban su jomada de fotógrafos en Punto Final, la revista pro-cubana, todos esperábamos que Alexis se dignara a bajar llevándonos con su viejo Opel de regreso al prestado hogar. Curioso como me había acostumbrado raudo a los hábitos chilenos. El chileno para poco en cafés al contrario que el argentino, menos de calle como cubanos y españoles. Aunque mi caso pueda resultar bastante atípico; la adaptación de Alexis y Chano es comprensible al llevar más de tres años fuera de su tierra.

Más extraño podría resultar la entrañable camaradería entre todos ellos teniendo en cuenta sus diferencias políticas: Estela y Ricardo de La Jota (Juventud Comunista Chilena), Alexis simpatizante, Susanita del Mir (Movimiento de Izquierda Revolucionario), Chano castrista y por tanto apoyando la causa de ésta. Quedaba por definir a Basilio Espronceda, el español con apellido de poeta romántico fallecido de garrotillo.

En Madrid, ahora en agosto, pegará fuerte el sol. Hará calor. No habrá luz.

En Madrid, ahora en agosto, pegaría fuerte el sol. Haría calor. No habría luz. Todo esto pensaba el Muchachito. Así se dejaba llamar Basilio hijo mientras estuvo en Santiago de Chile con la idea permanente de que tenía una misión que cumplir. Como todo neófito, necesitaba hacer bien la tarea para enseñar su buena disposición y sus ganas de contribuir a la causa. Basilio Espronceda Lagasca había sido criado en el abrazo de su madre, una mujer cursi y romántica, y sin la mirada

de su padre. Se había pasado la vida llamando a su padre y queriendo dejar de ser un niño de mamá. Pero en sus pocos años no lo había conseguido. Él lo sabía perfectamente. Se puso a estudiar y allí fue a dar con una razón de vida, con una manera segura de abandonar las faldas abrigosas de mamá. La militancia internacional estaba inserta en el mundo estudiantil, confundida con la clandestinidad antifranquista. Parecía incluso más noble, porque no quería derribar a un tirano, sino a todos. El chico había aceptado su primera misión a ojos ciegos. Sin despedirse de nadie -esto era por lo visto algo imprescindible- había viajado de un lugar a otro, siguiendo consignas, sin cuestionarse nada y usando el exiguo dinero que le llegaba junto con la hoja de instrucciones. Ahora estaba en Chile y por fin conocía cuál iba a ser su aportación a la causa de la Revolución.

Los compañeros de residencia en Santiago eran todos izquierdistas activos, venidos de lugares diversos y de diversa procedencia ideológica. Compartían todos el optimismo que reinaba en el país en torno al triunfo y posteriores actuaciones de la UP de Allende. Entre ellos, Basilio fue presentado como un español que venía allí huyendo de la persecución política. Nadie le preguntó nada más: reinaba en esa familia una aceptación solidaria del prójimo, apoyada tanto en el internacionalismo marxista como en las consignas hippies del amor y la guerra y hacer y no hacer. En pocos días era uno de ellos y nadie se acordaba de cuándo había llegado. Al fin y al cabo, también cada uno de ellos había llegado en algún momento de algún sitio.

Enseguida comenzaron a llamarlo el Muchachito. Chano lo bautizó y los otros mantuvieron el apelativo. El Muchachito salía poco de la casa y mantenía muy pocos contactos fuera de la familia. Sin embargo, demostraba un ávido interés por el caso chileno, como solía decir. Preguntaba y preguntaba sobre hechos y personas. Al cabo, consiguió conocer la situación política del país como si hubiera estado viviendo allí durante años.

Ahora quería que le hablaran de los actores principales, de los ministros, de los jefes locales, de los comités, del movimiento de las poblaciones. A través de aquellas informaciones y con la lectura de la prensa diaria, se empapaba de datos sobre la realidad chilena. Y su interés no disimulado por el caso chileno despertaba en los otros gran admiración y se sentían halagados: un joven de Europa se fijaba en los problemas de América Latina, dejando atrás lo bien que vivían por allá, con sus democracias ricas y todo eso; dejando atrás los problemas que también tenían, con sus dictaduras seculares y catoliconas. Y el Muchachito estaba aquí, con ellos, codo a codo, que parecía que se echaría a la calle contra los momios en cuanto lo llamasen.

Pero sus instrucciones eran otras y Basilio el Muchachito no lo olvidaba. Hablaba de ello a veces. Se trataba de organizar una célula de militantes de

diversos movimientos izquierdistas y unificar sus tendencias políticas. Al margen de la UP, se podía generar una unificación de voluntades que al mismo tiempo apoyase el trabajo del gobierno y lo empujase para no quedarse atrás en los avances hacia la consecución del estado proletario. Segura que Allende lo iba a agradecer: una izquierda unida y sin altibajos mirando en la misma dirección en la que miraba él. Una idea poco original, pero muy efectiva.

Los otros no estaban unánimemente de acuerdo. Unos veían que la UP era ya eso. Otros creían que la UP se rendía a la presión de los momios y los americanos y que era esa una buena solución. En largas noches de conversaciones interminables, Basilio supo ver con quiénes podía contar. Especialmente vio que podía contar con Estela.

Estela se enamoró de Basilio, pero él, nuevo Eneas, antepuso sus obligaciones políticas y quedó ignorante de aquella atracción. Jugó a que se enamoraba o a que se estaba enamorando, pero nada más. Al pueblo no se le puede engañar; a los que forman el pueblo, a veces sí. Y esto no estaba bien visto por los otros, que compartían una atracción personal, más o menos lejana o cercana, por la hermosa Estela, por la íntegra Estela, por su bella camarada. Así que después de estar allí un mes, Basilio comunicó a sus enlaces que percibía que por diversos motivos la situación se podía complicar y el éxito de su misión corría peligro. Aún así, continuaba manteniendo en la casa una actitud normal, ajena a ese recelo que comunicaba a sus jefes. Allí, en lo íntimo del hogar común, seguían las risas, las conversaciones-discusiones, los entresueños y las idas y venidas de todos por medio de los avatares de la política cotidiana.

Llegó un momento, en los primeros días de septiembre, en que Basilio comprendió que Estela andaba ya muy profundamente enamorada. Él quiso sacudirse aquel peso antes de que llegara a ser un estorbo. Cuando supo que debía volver a cruzar el Atlántico en una semana, comenzó a urdir una chapucera mentira, de manera que sus amigos no le hicieran muchas preguntas y que Estela quedase conformada. Por lo menos que no lo insultase demasiado. Inventó entonces la forma de que los demás pensarán que iba a llevar a cabo una acción de gran calado. Su organización le había encomendado -ahora se lo confesaba- el apoyo logístico a un grupo que llegaría del extranjero a liquidar al hombre que más estaba traicionando a la Revolución callada de la UP, un ministro vendido a la inteligencia americana. El país iba a conocer su verdadero rostro y aplaudiría su muerte.

Todo esto no lo decía abiertamente, sino mediante insinuaciones y medio confidencias a unos o a otros, en especial a Estela. Llegados a este punto del relato, quizá convenga atender a dos documentos que aclararán lo que ocurría en la casa por aquellos días. Se trata de un retazo de una conversación que sostuvieron el

Muchachito y Estela, grabada (sí, grabada: el Muchachito grababa muchas cosas por recomendación de sus instructores) por él mismo; y una página del diario que compuso a modo de memorias algunas semanas después, vuelto de nuevo a la soledad en Túnez. Puestos en paralelo, los dos documentos pueden resultar escalofriantes.

<p>-...hay que llegar a una síntesis revolucionaria: el partido y el pueblo.</p> <p>-... pero no es sólo Chile quien lo exige, Estela, es el continente entero.</p> <p>-... está maduro, tiene que hacerse.</p> <p>-... hay que empujar, hay que arrastrar, la locomotora del partido debe...</p> <p>-... ahí entras tú, Basilio. Tú y la bomba.</p> <p>-... no tengo miedo. Pienso en los rostros de América y me inflamo. No tengo miedo.</p> <p>-... el comandante nos ha mostrado el camino.</p> <p>-...en tantos sitios.</p>	<p>No habría luz, Estela. Fuera de ti, fuera de mí, lejos de nosotros no ha habido nunca luz. Desde aquí, a duras penas puedo ver a ese pueblo del que hablas desfilando de nuevo en la oscuridad oscura de su historia, mineralizado por la mirada de la Gorgona que lee a Marx en los cafés. Ya no hay luz. Afuera cae la noche y una lengua de viento atraviesa el mundo haciendo cabecear las filas de obreros y estudiantes: amanecieron pálidos y han anochecido enrojecidos por el discurso calcinante de los poetas. El aguacero silba entre las bayonetas y los</p>
<p>-... el Estado-clase tratará de impedirlo pero caerá víctima de sus propias contradicciones.</p> <p>-... la contradicciones necesitan una mecha. Yo soy la mecha, Estela.</p> <p>-... el pueblo ya te lo agradece.</p> <p>-... mañana, después de la bomba, seremos millones. El partido se extiende por los valles y las montañas.</p> <p>-... tal vez el pueblo no sepa que es marxista, pero nosotros se lo enseñaremos.</p> <p>-...En palabras de Gramsci, la burguesía está saturada y la confianza del Estado en su fuerza es su tragedia.</p> <p>-... el cáncer lo pudre desde las entrañas.</p> <p>-...sé de qué hablo. Quiero saber de qué hablo.</p>	<p>rastrillos. Algunos llevan un lápiz que presentan como un arma al general invierno. Este invierno austral es un barco encallado, una carretera abandonada, pero pronto vendrá la lluvia tibia de octubre y estaré bajo tierra con el pelo enredado y la mirada ciega. Mi cuerpo colgará de la percha exánime de su peso. La vida nació en un burdel pero la muerte es su padre. Ay, Estela, la vocación de mis huellas conduce al borde de tu decencia revolucionaria y desciende por tu escote iluminado de pecas. Si me dejaras despedirme con dignidad de la insensatez que me habita...Pero la atracción femenina hacia los hombres es una trágica máscara, el juego infantil de las parejas somnolientas</p>

<p>-... “pesimismo de la inteligencia, optimismo de la voluntad.”</p> <p>-... nuestra voluntad es idéntica a la de nuestro pueblo y todo pueblo se parece a su dolor.</p> <p>-... pero el dolor ceba las bombas y los cerebros.</p> <p>-... el partido sabe de qué habla...</p> <p>-... te llamarán terrorista, y a tu sacrificio crimen.</p> <p>-... ya no tengo familia a la que apenar. Sólo estoy emparentado con el destino de mi clase.</p> <p>-... la humanidad es la última y suprema familia, y no tiene necesidad de afectos burgueses.</p> <p>-...y el Estado-burgués encuentra a sus hijos en el estercolero y los mantiene con las sobras de sus banquetes.</p> <p>-...pero no es compasión lo que reclamamos, ni siquiera justicia, justicia burguesa. La revolución se fortalece mientras la esperamos.</p> <p>-...acción, acción, acción. La bomba hará verdadera justicia.</p> <p>-...será mañana, al anochecer.</p> <p>-...no tengo miedo. Otros verán amanecer por mí.</p> <p>-...el mundo sabrá que has sido...</p> <p>-...cuando cierro los ojos por la noche...</p> <p>-...no dudes...</p> <p>-...al despertar me digo...</p> <p>-</p>	<p>en una tarde de domingo. Para que no se detenga la rueda negra del mundo montada sobre el caparazón de la Tortuga: la indecente impostura de permanecer. Sólo tienen una vida acabada y plena quienes han muerto, es decir, nadie. Me ha sido negada hasta la tristeza, pero aún me queda inteligencia en los huesos y con ellos me comunico - el esperanto de la aflicción - acostumbrándome a no existir. Frente a la aflicción, los sueños; frente a los sueños, las cosas; frente a las manos, los dedos; frente a los signos, la vida; frente a la vida, las vidas. Quiero ser uno entre los otros sin los otros, pero el aire del mundo está errado en todas partes: los niños se llaman a sí mismos “pueblo”, los hombres, hechos y derechos, se visten de domingo ante el espejo y aspiran a un hijo, colorean el amor filial con los dedos mojados en su propia sangre, se palpan las células para tener la certeza de que el afecto que les oprime no es una trampa puesta allí por la nación de los padres. Sé que hay un fantasma que me busca por las ciudades y los valles con una correa en la mano, pero ya no tengo tiempo, ya no reconozco mi firma: somos el prójimo de Dios y nuestra soledad evoca la suya.</p> <p>¡Proletarios del mundo, hundíos!</p>
--	---

La bomba que esperaba la buena de Estelita Daroca no estalló nunca. El famoso ministro traidor tuvo tiempo aún de vivir un poco más. Con el cuento de la bomba, cuyos detalles nadie más que Estela conocía, salió un amanecer de la casa el Muchachito Basilio. Ya no volvió. Tomó un avión que lo llevó a Montevideo y de allí, en otro avión, viajó hasta París. Sus camaradas lo recibieron y, en un pueblecito

no muy lejos de Argentan, descansó bajo el plomizo cielo normando. Después, claro está, de dar un informe detallado de todo lo que le preguntaba la organización. Les interesaba el grado de organización de la izquierda en Chile, la posibilidad de respuesta popular a un golpe antigubernamental y la presencia en Santiago de elementos castristas infiltrados desde Cuba. Él dijo todo lo que sabía y luego cerró los ojos y se quedó dormido en una habitación sin postigos, desde donde se contemplaba la llanura teñida de verde y ocre, poblada aparentemente sólo por las vacas. ¡Qué lejos del bullicioso Santiago, tan preñado de la presencia humana!

En Santiago todos pensaron que el atentado habría sido abortado. Como no publicó nada la prensa, sabían seguro que no era que los hubieran cogido, sino que, quizá por notar algo sospechoso, ellos mismos habían desistido y estarían ya ocultos o fugados. El Muchachito había resultado ser un guerrillero, mira por dónde.

Seis días pasaron desde que salió Basilio de Santiago hasta que el ejército se pronunció en el país y acabó a sangre y fuego con la democracia, con la UP, con Allende y con todos y cada uno de los habitantes de aquella casa vieja en la que acogieron al españolito como a uno de ellos durante más de un mes.

III

Basilio el Muchachito conoció la noticia del golpe en Chile a través de sus camaradas de la organización, mientras todavía se recuperaba en la granja normanda. Se le mezcló por dentro la tristeza con la confusión. Se había librado de caer allí capturado por los golpistas y había salvado el pellejo; pero no dejaba de pensar en Estela y los chicos, cómo lo habrían pasado, si habrían escapado de la represión. Intentó localizar por varios conductos a los que habían sido sus enlaces mientras estuvo allí, sin embargo todo canal de comunicación había sido cortado. Un ligero sentimiento de culpa, común según parece a todos los que se libran de una desgracia mientras observan que otro ha sucumbido a ella, tiñó algunos días la cabeza de Basilio, lo justo mientras la información sobre Chile ocupaba la portada de los diarios. Después, las nuevas noticias y, sobre todo, las nuevas misiones encomendadas, hicieron correr el velo del olvido.

El chico era muy simpático. Esto le valía la querencia de todos los que lo conocían. Encajaba bien en cualquier lado. Se entendía con mucha soltura en francés y en inglés, muy importante cuando se trataba de andar por el mundo. En Túnez lo recibió un militante distinto de Hezar el iraquí, pero enseguida lo llevó al piso de Hezar. A ambos les sorprendió (o les incomodó, no estaban seguros) notar que se alegraban al reencontrarse. Se sonrieron y se abrazaron igual que hacen los

que han sido compañeros de colegio. Pero Hezar hizo el esfuerzo de recordar y no encontró nada más que una charla insulsa en un contacto en un café de la ciudad hacía un par de meses. Basilio, que ahora se presentaba como el Muchachito, algo más cándido que Hezar, pero más cauteloso que el primer Basilio que había llegado a Túnez, dejó que la alegría lo recorriera con más espontaneidad, pero no quiso demostrar nada más allá del abrazo de salutación. Tomaron té, comieron exquisitos pasteles de miel, permanecieron sentados algunas horas. En aquella casa olía a limpieza, a hierbas y a cenizas de incienso. En la pared que miraba Basilio, un amplio pañuelo de raso blanco lucía un bordado central con una hoz cruzada por un martillo. En la misma chincheta que la fijaba a la pared por una esquina inferior había también clavada una cartulina pequeña con la fotografía de una asura coránica inscrita en una mezquita de Bagdad.

En aquella tarde hablaron más de lo que iban a hablar el resto del tiempo que pasarían juntos. La ebriedad del encuentro lo hizo posible. Pero Hezar era un hombre muy hermético y pronto recuperó su gesto inexpresivo y sus modales felinos. Pero aquella tarde en Túnez hablaron largo y tendido. El tema central eran los sucesos de Chile. Hezar preguntaba, el Muchachito respondía y luego Hezar aportaba una reflexión o un comentario. Luego el sueño los debilitó y ambos se fueron a dormir.

No quiso Hezar esta vez dar las instrucciones al chico desde el primer momento. Prefirió esperar al día siguiente. Las cosas se ven mejor por la mañana. Además se trataba de un asunto bien sencillo. La organización no quería, al parecer, cargar de responsabilidades al españolito. Habían detectado, le informó Hezar, que estaba llegando a Libia un aluvión de italianos relacionados con las Brigadas Rojas, quizá para ocultarse, quizá para instruirse. El tránsito lo hacían a través de Túnez, donde un contacto recibía al que llegaba y lo encaminaba hacia su destino. Se trataba de conocer a ese contacto y ofrecerle apoyo logístico y rutas alternativas que evitaran las sospechas. Basilio no cuestionó nada. Solamente quiso saber de qué manera lograrían dar con el hombre que establecía los contactos. “No tengas prisa, contestó Hezar, tómate el tiempo que necesites. Habla con unos y con otros, conoce la ciudad. Ahora te presentaré a un amigo mío”. Y así, Hezar lo llevó a conocer a algunos amigos tunecinos, todos muy jóvenes. Eran casi chiquillos y andaban con gran facilidad en todos los ambientes. Luego Basilio aprendió a moverse por Túnez con aquellos lazarillos. Le gustó la ciudad y a menudo visitaba el puerto para oler el mar.

Después de algunas semanas, consiguió su propósito. A través de agentes locales, logró establecer una cita con el enlace italo-libio, haciéndose pasar por un militante italiano. En ese contacto se presentaría y llevaría el mensaje de la

organización con la oferta de ayuda a las Brigadas Rojas.

A la cita acudieron juntos Basilio y Hezar. Hezar conducía un oxidado Citroën de color azul, por si era necesario escapar sobre ruedas. Los dos, por supuesto, iban armados. El peso del arma en el bolsillo interior alteraba la sempiterna calma de Hezar, y el Muchachito lo notaba. Tampoco a él le gustaba llevar el arma encima. Dieron algunas vueltas por la zona cercana como medida precautoria, por si detectaban a algún policía. Como no vieron a nadie, dejaron el coche parado al final de una calle que acababa saliendo al lugar de la cita y esperaron. El lugar previsto era una placita, confluencia de varias calles y con salida cercana al puerto. Esperaron unos minutos. Al llegar la hora, Basilio bajó del coche y comenzó a andar con soltura hacia la plaza. No temía nada, iba cargado de tranquilidad porque todo estaba saliendo tal y como se preveía.

Al entrar en la plaza, giró un rápido vistazo a todo lo que constituía el escenario. El otro agente, la persona que debía hablar con él, también caminaba con resolución hacia el centro de la plaza. Salía de otra bocacalle y se veía fácilmente que había bajado de un coche en el que se quedó un compañero. Basilio intentaba reconocer los rasgos del otro. Oyó de fondo un coche que entraba en la plaza por detrás de él, rodeaba el espacio y frenaba de golpe. Entonces Basilio vio que Hezar asomaba medio cuerpo por la ventanilla y gritaba: “Henriette, putain de toi, tiens!”

Dos tiros. De golpe vio Basilio que era una mujer y que caía con la frente ensangrentada. Se quedó parado. El compañero de la mujer bajó del coche y corrió a socorrerla. Basilio pensó que eso era un gesto poco profesional y enormemente arriesgado. A dos metros de su figura pasmarote frenó el Citroën, desde el que Hezar gritaba que se metiera de una vez. Aún tuvo tiempo Basilio de reconocer que el compañero de la mujer era su propio padre y que le miraba directamente a los ojos.

Aún no comprendía nada mientras se dejaba seducir por el aroma a incienso y a losetas limpias de la casa de Hezar. El iraquí sorbía con calma pequeños buches de té. Hablaba de la traición de Henriette-Safiya, entregada por vicio a un espía incontrolado, olvidando la sagrada lucha de liberación a la que todos se debían.

“¿De quién te ha llegado a ti la orden?”

“Cada jefe tiene a la vez su propio jefe y las órdenes siempre llegan de uno de ellos. Nuestra lucha exige que siempre sea así.”

Tarde, sí, muy tarde era ya para preguntarse ciertas cosas. Pero la verdad era que ciertas ideas comenzaban a obsesionar al Muchachito. En pocos días llegaría una nueva orden, quizá otro traslado. De nuevo tendría que poner un peligro

su vida por una causa que de repente se postraba borrosa y repleta de aspectos no explicados. Hezar nada sabía de esto; bien se cuidó Basilio de ocultarlo por su propia seguridad. No se atrevió a seguir preguntando, pero imaginó que era un simple peón de una red dirigida Dios sabría por quién, quizá incluso por aquellos a los que tenía como enemigos declarados. Pero no iba a ser fácil escapar de allí. No tenía nadie a quien recurrir. Su flaqueza de voluntad le hizo en principio sopesar la posibilidad de quedarse por inercia donde estaba: con el tiempo lo vería todo más claro y su militancia recobraría el sentido. Pero venció al fin su desasosiego y, sobre todo, la imagen de su padre. ¿Qué estaba haciendo allí? ¿Cómo había conocido a Henriette? Hasta él podía entender que su padre había salido de su rutina madrileña sólo para encontrarlo, y que la pista lo había dejado en Túnez. Al fin de cuentas, había dado con él. El caso era finalmente que decidió en su fuero interno huir de allí, con destino a su casa, si eso era a esas alturas algo posible. Sin dejar rastro alguno, o sea, sin pedir ninguna ayuda absolutamente a nadie, aceptó la oferta que se hacía en un pequeño pesquero griego que buscaba dos tripulantes para labores de pesca. Al cabo de cuatro meses, atracó en Vigo y no volvió a embarcar, por supuesto sin dar previo aviso a su patrón.

IV

Basilio Espronceda, el padre, huyó de la plaza dejando muerta a Safiya. Ya no volvió al piso en el que vivía con ella. Deambuló muchas horas por la ciudad, abrumado por el torbellino que ocupaba su cabeza. Su hijo había al fin aparecido. Y resulta que aparece para quitarle lo único que le había provocado alguna ilusión en toda su vida. En el bolsillo interior de su chaqueta notaba el peso de la pistola de Safiya. Durmió varias noches (¿cuántas?) en tristísimas fondas, rodeado por las risotadas y las broncas de marinos de los cinco continentes y putas de todas las razas. Fue a ver con gran cautela a Antonino. Éste le dijo que aún no se sabía quién había matado a la mujer, pero que nadie lo había relacionado a él con el asunto. De todos modos, Basilio le rogó que lo ayudara a salir cuanto antes del país, a volver a España. No le quedaba, si quería seguir viviendo, otra salida que volver como fuera a su triste rutina familiar. Especialmente ahora que ya había encontrado aquello que buscaba, su hijo. Era imposible, confesó a Antonino, recuperarlo.

El diplomático le procuró un escondite para algunos días y la manera de salir del país hacia Marruecos. Una vez allí, Basilio pediría dinero a su familia para poder regresar a Madrid. Los dos amigos se abrazaron y se despidieron.

Vuelto a la rutina, Basilio Espronceda comenzaba a olvidar. Ya habían pasado varios meses desde su regreso. Pocas explicaciones pudo dar a su mujer de lo que sabía de su hijo, pero ella las aceptó y comprendió que aún cabía una remota posibilidad de volver a verlo pero lejos de su control: ella nada podía hacer para lograrlo.

Basilio Espronceda recibió en silencio la llamada telefónica de su hijo. Estaba en su despacho, y se mantuvo en silencio un minuto entero, oyendo por el auricular la voz de su hijo: "Papá, tienes que ayudarme, estoy en España..." Concertaron una cita en un bar de carretera en el que hacía parada el autobús de línea de La Coruña a Madrid.

Llegó primero el autocar, o quizá el padre había estado esperando oculto. Antes de entrar en la cafetería, Basilio padre localizó a su hijo a través de las ventanas. Entró y con gran naturalidad se acercó a él. El chico había cambiado: había perdido su aspecto aniñado y estaba más hecho. Al reconocer a su padre hizo ademán de levantarse, pero el hombre sacó sin vacilar una pistola de su bolsillo interior y le descerrajó un tiro en el pecho. Basilio Espronceda no supo si estaba matando a su hijo o si se estaba matando a sí mismo.